

EL CORREO

MARGEN DERECHA

Sábado 05.03.16

Nº 33.819 • 1,70€

EL CORREO ESPAÑOL-EL PUEBLO VASCO. DESDE 1910. www.elcorreo.com



Territorios y
Mujer hoy

19 AÑOS PARA EZKURDIA
POR ASESINAR A SU MARIDO



El juez concede
25.000 euros a cada
hermano de Koldo
Losada P5

EL ATHLETIC SE PREPARA
PARA UN AMBIENTE
INFERNAL EN EL MOLINÓN P66

ÚLTIMA VISITA AL PARQUE DE ARTXANDA P2



El paso del tiempo. Vista ayer de las instalaciones abandonadas de lo que fue el parque de atracciones, con vestigios como la cabina telefónica. :: IGNACIO PÉREZ

Convertido en un recinto fantasmagórico, el complejo ferial ofrece hoy imágenes de otra época. Pronto dejaremos de contemplar las pirámides que actuaron como reclamo entre 1974 y 1990.

REPORTAJE GRÁFICO: IGNACIO PÉREZ



Última visita al parque de atracciones

La Diputación ha previsto 1,6 millones para su desmantelamiento, pero aún no hay plazos ni usos alternativos previstos



ITSASO
ÁLVAREZ

ialvarez@elcorreo.com

BILBAO. Un perro pastor negro nervioso como él solo y un guarda de estatura alta con gafas de sol y pasamontañas dan la bienvenida al grupo en la entrada por la que accedían los empleados. La principal está demasiado ruinoso para usarla; los tornos oxidados e invadidos de vegetación y las tejamanas metálicas coladas de agujeros, inseguras. El área de Desarrollo Económico y Territorial de la Diputación vizcaína ha organizado la última visita al parque de atracciones de Bizkaia, conocido po-

pularmente como parque de atracciones de Artxanda, para periodistas. Nos pide que rellenemos una autorización; si nos salimos del recorrido y nos hacemos una avería, corre por nuestra cuenta. Nos llama «transmisores de la realidad al ciudadano». Es un cumplido que no solemos recibir, más bien parecemos a veces enemigos de los que salir pitando. En fin, tenemos la ocasión de ver por última vez lo que queda de este fracasado complejo de ocio que estuvo abierto entre septiembre de 1974 y febrero de 1990 antes de su desmantelamiento definitivo. Un derribo para el que, sin embargo, no hay plazos previstos, modos de ejecución planificados ni usos alternativos proyectados. O si los hay la institución foral no los desveló ayer, para que escribiéramos nuestras crónicas nos-

tálgicas. Al menos, lo que sí parece que hay es presupuesto: 1,6 millones de euros reservados en las cuentas forales de 2016, para hacer desaparecer todo rastro del que un día fue uno de los centros feriales más modernos de Europa y que con el tiempo, ya cerrado, se convirtió en meta de cicloturistas, paseo de jubilados, rincón para las parejas que buscaban algo de intimidad y fuente de inspiración para artistas y músicos.

«Dos vueltas, 50 pesetas»

Los automovilistas de la N-634 dejarán de contemplar muy pronto la silueta recortada de las pirámides que cobijaban las barracas sobre la sierra del monte Ganguren. Aparte de estas y del anfiteatro con 4.800 sillas azules, no hay mucho que ver. Un montón de metros cuadrados, lo que fue la gran avenida del recinto, descubiertos y adoquinados. Algún que otro pequeño edificio de hormigón. Cristales rotos, maderos quemados. Columpios de hierro que compiten con la mala hierba y parecen

sacados de una película de terror. Nada hay que recuerde ya a la gigantesca noria que presidía las instalaciones, la impresionante montaña rusa o la tétrica casa del terror. El gran scalextric cubierto o aquel gusano loco que fue toda una novedad hace cinco lustros también se vendieron hace años a una empresa portuguesa con el resto de las atracciones. En las pistas de los karts no hay karts —«dos vueltas, 50 pesetas», se lee en un cartel—, pero aún quedan cientos de neumáticos que no parecen tan viejos. Tampoco hay barquitas en el estanque redondo, nada queda del

LA CLAVE

La maleza florece, aunque siempre está el atractivo de lo abandonado como reclamo. Ojo, la entrada está vetada al público

tren chu-chu que rodeaba el solar ni de las bellas figuras del cuento de Blancanieves de 'La casa encantada'. La maleza florece, el hierro se oxida y el musgo avanza sin freno, aunque siempre está el atractivo de lo abandonado como reclamo. Al principio de la visita no se nota tanto, pero el viento frío acaba calando hasta los huesos y a los cinco minutos de comenzar la excursión guiada por Miren Tejero el cuerpo te pide a gritos un caldito para volver a entonarse. Amenaza lluvia. Se entiende que a la gente le echara para atrás acudir al recinto si no era en verano.

Tener que pasar frío para divertirse fue una de las grandes pegadas de una iniciativa empresarial que en sus orígenes corrió a cargo de la sociedad anónima que gestionaba el recinto recreativo de la Casa de Campo de Madrid y que lo preparó para la diversión de unas 15.000 personas por jornada, mucho antes de que la Diputación acudiera en su socorro y finalmente acabara como propietaria única de un proyecto megalómano a



«El montaje de las ocho pirámides, a base de tubos, supuso todo un reto»

Mariano Ortega Arquitecto del complejo ferial

:: I. A.

BILBAO. El proyecto del parque de atracciones de Artxanda fue encargado a dos estudios de arquitectura de la capital vizcaína. En uno de ellos estaba el bilbaino Mariano Ortega Carnicero.

– ¿Es verdad que se inspiraron en las pirámides de Egipto para diseñar el complejo?

– Siempre se ha dicho eso, pero no es verdad. Estuvimos unos meses viajando por parques de atracciones de Europa. Al Tivoli de Copenhague, que está en el centro de la ciudad. Al Blackpool Pleasure Beach de Inglaterra, otros de Suecia, Dinamarca, Francia... Queríamos empaparnos de todo ese sistema de parques, los recorridos peatonales y qué atracción podía ser un hito. También fuimos a Múnich a ver las instalaciones de los Juegos Olímpicos (1972). Desde el punto de vista arquitectónico, eran la vanguardia en aquel momento.

– ¿Tuvieron en cuenta los embates del viento y la lluvia en monte Avril?

– Sí, pensamos que las pirámides podrían cubrir zonas importantes para que la gente tuviera sitios donde resguardarse. Es una ladera, creo recordar, orientada al Noroeste. Con los vientos dominantes, quizá el emplazamiento no era el más idóneo. Pero eso no estaba en nuestras manos, construimos donde nos indicaron.

– ¿Cuál fue la mayor complicación

durante las obras?

– Fue un reto el montaje de las ocho pirámides. Son unas estructuras espaciales a base de tubos que se apoyan sólo en las cuatro esquinas. También hubo mucho movimiento de tierras. Era un monte y había que sacar espacios horizontales.

– ¿Llegó a probar las instalaciones?

– Desde luego, antes de que el parque se inaugurara. Los arquitectos éramos un equipo bastante joven y nos montamos en las atracciones con nuestros hijos.

– ¿Algún rincón preferido?

– Me gustaba el recorrido peatonal en el que había unas cascadas. También el anfiteatro, con sus vistas espectaculares. Hicimos edificios diferentes y cada uno tenía su porqué. Algunos muy expresionistas, otros de hormigón brutalista, como el del zoo. Quedamos contentos. La pena, que duró poco.

– ¿Ha vuelto a visitarlo?

– Sí, a mi hermano José Luis y a mí nos llamó la Diputación para hacer un estudio sobre la posibilidad de acondicionar el recinto para un campo de tiro. No cuajó. Años después, nos pidió hacer otro estudio para ampliar al parque la zona de esparcimiento del Vivero.

– Hay quien le ha visto el punto artístico a las ruinas.

– Un arquitecto nunca piensa cómo será su edificio en ruinas, pero se entiende.



Mariano Ortega

de Artxanda

que el público acabó dándole la espalda porque ni se encontraba en el lugar idóneo desde el punto de vista de sus condiciones meteorológicas, ni disfrutaba de buenas conexiones, ni ofrecía precios precisamente populares. En suma, un cúmulo de adversidades hizo que la venta de entradas cayera en picado.

«El monte va cogiendo su espacio», justifica una y otra vez la persona encargada de guiar nuestra ruta. Hay zarzas en la cuesta abajo que dirige al hemiciclo que quedó inaugurado en su día por un concierto de Juan Pardo. Le siguieron Parchís, Mocedades, Gwendal, Mari Trini, Los Pecos, Miguel Bosé... Hay muchas plan-

tas de esas que tienen bolitas rojas, de las que se dice a los niños que se las comen las serpientes, por si se les ocurre cogerlas. Contemplando el auditorio desde un mirador, la vista regala viento y unas vistas espectaculares de la gran charca a la que se lanzó Bertin Osborne vestido tras ofrecer un concierto y de las montañas.

«Hubo que movilizar 300.000 metros cúbicos de tierra, distribuir 20 kilómetros de cable y 10 kilómetros de tuberías subterráneas». Algunas farolas yacen en el suelo, ya no se hacen de esas redondas, y el antiguo te-

léfono de Radiotaxi sigue pegado con celo dentro de una cabina telefónica cerrada. Ya no se ven de esas en Bizkaia.

En el edificio de oficinas, que tiene aspecto de torre de control de aeropuerto, se conserva una maqueta que pide a gritos que algún alma caritativa se la lleve a un museo. Un cartel de helados asoma en una esquina, donde se ve que el 'Mikolápiz' costaba 80 pesetas. Hace unos años, la productora Consonni también organizó unas visitas guiadas a estas instalaciones que ya nunca volverán

a servir para los fines con los que se crearon y editó un libro, 'Vuelven las atracciones', sobre este ejemplo del mal cálculo de los gustos de los ciudadanos. Esa publicación y la hemeroteca serán lo poco que perdure de unos edificios cuya custodia ha costado 200.000 euros cada año. Casi nadie tiene cariño a una gasolinera o una fábrica. Si hablamos de un colegio, de una estación de tren o de un parque de atracciones, la nostalgia muerde la boca del estómago. Pero la superas cuando te das de bruces con la realidad.



EN LA MEMORIA



Los visitantes recibían al pasar por taquilla un colorido mapa del recinto donde estaban indicadas todas las atracciones.



«La carretera de acceso tenía piedras sueltas grandes como quesos»

Roberto Berbis Feriante



«Sorteábamos una moto Bultaco cada domingo».

:: I. ÁLVAREZ

BILBAO. Roberto Berbis Ruiz, feriante, regentó una tómbola y unos juegos de tiro con escopeta, con dardos y flechas en el parque de atracciones de Artxanda. Sorteaba motos Bultaco cada domingo y muñecas y juegos de cristal entre los clientes del restaurante de lujo. Su atracción estaba junto a la llamada 'Casa magnética'. Ahora tiene un bingo de premios que monta en verano y su hija, una caseta de dardos.

– ¿Cómo llegó al recinto de atracciones de Artxanda?

– Mis hermanos ya estaban en los complejos feriales de Madrid y Barcelona. Me avisaron de que iban a hacer un parque de atracciones en Zaragoza y otro en Bilbao. Hablé con Bankunión, uno de los socios de la sociedad que puso en marcha el recinto, y me contrataron.

– ¿Qué recuerdos conserva?

– Uno muy bonito. Fue inaugurar el parque y, al de unos meses, en junio, me casé y, tras comer en un salón de bodas en Santutxu, fuimos mi mujer y yo, vestidos de novios, a recorrer el parque.

– Empezó muy bien.

– Al principio, a tope, iba mucha gente, sobre todo por la novedad y cuando venía el tiempo de cara. Luego empezó a salir un tiempo bastante malo. Hubo unos años que llovió a mares. El agua y la carretera, que no era buena, fueron restando público. ¡Es que la carretera era

estrecha y tenía piedras sueltas grandes como quesos!

– ¿Empezaron a preocuparse?

– Hacía un aire ahí... Lo llamaban 'el diente del diablo'. Había unos tipos del pueblo, a quienes conocía, que me decían: «Cuando hace buen tiempo en Bilbao, aquí llueve». Unas ventiscas... Fue lo que más perjudicó al lugar. Ahora llevamos unos quince años que no hay ni sirimiri, pero entonces...

«Era una bombonera»

– ¿Le gustaba el diseño?

– Sí, el parque era una bombonera, un estilo al estadio del Athletic. No tan grande como en otros sitios, pero muy bien hecho. Los primeros años hubo artistas muy buenos, los que estaban en el candelero. Años de recuerdos buenos.

– ¿Conoce a más gente que trabajó ahí?

– Gente de Basauri, de Otxarkoaga... Feriantes particulares estábamos el churrero y yo.

– ¿Le hubiera dado una segunda oportunidad?

– Hace unos años sí, porque la estructura estaba muy bien, ha mejorado el tiempo y la carretera. Se hubiera podido poner hasta un servicio de telesillas. Ahora no, está muy abandonado. Cada dos o tres años voy a visitarlo para dar una vuelta y ver el material que dejé allí.

– ¿Y qué sensación le da?

– Mucha pena.